

ENSÉÑAME

Celia May Hart

AFR  DISIA

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: Show Me
Traducción: Alicia Liliana Azcué de Bartrons

- © 2006 Celia May Hart. Reservados todos los derechos
- © 2008 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2008 por la traducción Alicia Liliana Azcué de Bartrons. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Octubre 2008

ISBN: 978-84-92431-54-0

Depósito Legal: M-44324-2008

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

© Valery
www.valery.es
editorial@valery.es

Editorial ViaMagna
Avenida Diagonal 640, 6ª Planta
Barcelona 08017
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

1

El honorable Mark Knightson estaba recostado en el diván y los cojines de seda roja se hundían bajo su peso. Completamente liberado de cualquier elemento propio del atuendo de un caballero, incluido el pañuelo, se centró en la bella y descarada silueta de la señorita Adeline.

Ella se levantó del suelo, donde había estado arrodillada junto a sus pies, y se sentó en el minúsculo tocador para retocarse el maquillaje de los labios. A través del espejo barato le dedicó una mirada más que insinuante al hombre tumbado.

La mirada de Mark se deslizó por la dorada cascada de su melena hasta el lugar donde terminaba, justo sobre los perfectos y redondeados melocotones de sus nalgas.

La señorita Adeline no era en absoluto una inocente doncella, sino una de las mejores chicas de Madame Garbadi-ne. La *madame* atendía todas sus necesidades y él, en las raras ocasiones en las que visitaba su establecimiento, hacía que le resultara lucrativo hacerlo.

Adeline había hecho un trabajo excelente llevándole hasta el punto justo de frenesí antes de que él se dejara ir en su amplia y ávida boca. Estuvo a punto de fallarle, ya que los recuerdos de su última conquista, de lo cerca que lady Cecily Lambeth había estado de atraparlo, casi le bajaron la erección.

CELIA MAY HART

Matrimonio.

Sólo la palabra ya conseguía que la verga se le pusiera flácida. Si no hubiera sido por la llegada de la segunda chica, una impresionante pelirroja que posaba de aquella forma tan atractiva mientras jugueteaba con sus magníficas tetas, todo habría acabado en un absoluto desastre.

Aun así, el sexo no había conseguido calmarlo; sólo había sido una distracción temporal de sus problemas. Maldijo entre dientes. Tenía que haber una manera de salir de ese dilema. Volvió a analizar la situación.

Había tomado a lady Cecily por una viuda aburrida, una mujer consumida por el tedio desde los primeros días de su matrimonio con un lord senil que había esperado en vano un heredero y que al final le hizo el favor de morir.

Todavía vestida con el crepé negro del luto, pudo verla flirtear con un joven atractivo tras otro. Llegó a la rápida conclusión de que lady Cecily compartía sus encantos con libertad y decidió unirse al grupo. Sabía que iba a tener éxito en sus avances, aunque no tenía ninguna gana de contagiarse de la sífilis de otro hombre.

Y lady Cecily se había enganchado a él, en público y en privado, rechazando a los otros aspirantes. Pero la idiota era más inocente de lo que él hubiera deseado y creyó que su decidida persecución iba a conseguir que, al final, él se dejara poner las cadenas.

¿Casarse con ella? Le había quitado de la cabeza esa idea y había dejado de frecuentar su compañía para después venir aquí a ahogar la sensación que le había quedado tras estar tan cerca de la catástrofe.

Pero no podía refugiarse dentro de un burdel para siempre. Debía encontrar alguna solución para huir de las expectativas de lady Cecily.

Se levantó y se vistió. Se colocó el pañuelo con una precisión casi perfecta. A esa hora tan tardía nadie se fijaría en un pañuelo arrugado, excepto quizá Beau Brummel y su grupo, y él prefería evitarlos.

Bien. ¿Qué hacer ahora?

Su solución tradicional en estas ocasiones, la de huir al continente, había quedado descartada por la guerra, aunque le quedaba Italia como último recurso.

Tendría que ser el campo.

La señorita Portia Carew se coló en la biblioteca y cerró la puerta tras ella. Todavía no llevaba un día completo en Willowhill Hall y ya estaba harta las insistentes amenazas de su madre para que encontrara a alguien con quien contraer matrimonio. Peor aún, había notado que otros huéspedes la miraban y cotilleaban en susurros que ocultaban con sus manos. Cotilleaban sobre ella.

La sociedad reconocía que la había tratado injustamente, pero aún circulaban rumores y las dudas seguían acumulándose.

Portia pasó sus dedos sin guantes por encima de los lomos de los libros. Sus uñas producían un satisfactorio sonido seco cada vez que se topaban con el borde de uno de los volúmenes. Ese soniquete entrecortado le resultó agradable y la tranquilizó.

Un título le llamó la atención: *Clarissa*, de Richardson. Sus labios se curvaron. Ella no acabaría como esa muchacha bobalicona. ¿Morir por verse comprometida? ¡Ella no!

Pateó el suelo, su pie calzado con una zapatilla apenas hizo ruido en la suave alfombra sobre la que pisaba. Su irritación volvió a crecer. No, no era irritación; era ira.

No importaba que todos los rumores fueran ciertos: había luchado mucho para mantener la confianza de sus padres y convencer al resto de su círculo social.

Y había funcionado, en general.

Recorrió con la mirada los títulos de los libros y percibió la uniformidad de las encuadernaciones doradas. ¿Era una

CELIA MAY HART

biblioteca que sólo estaba de adorno o alguien la utilizaba? Si sacaba un libro, ¿alguna de las páginas estaría marcada como si alguien lo hubiera leído alguna vez? Las encuadernaciones variaban en color: el rojo tafilete marroquí cubría un conjunto completo de enciclopedias y, más abajo, pudo ver lomos verde oliva.

Miró en otras estanterías. Aburrida geografía, política aún más aburrida y entradas de enciclopedia hasta llegar a marear. ¿No había nada interesante allí?

Se volvió para poder abarcar toda la pequeña estancia.

Una serie de ventanas dejaban entrar una luz oblicua que quedaba tamizada por las cortinas traslúcidas, que estaban cerradas. Estanterías empotradas fabricadas en una madera de tonalidad dorada cubrían las paredes restantes desde el suelo al techo. Había dos escaleras fijadas a una corredera metálica para hacer que fueran más firmes y facilitar su movimiento de unas estanterías a otras.

También examinó éstas. Echó la cabeza hacia atrás para poder vislumbrar los lomos de los libros que quedaban fuera de su alcance. Todos eran volúmenes de temáticas tediosamente similares, ni una sola señal de novelas románticas o de conmovedoras aventuras. A menos que...

Los libros de las estanterías superiores eran una amalgama de tamaños y encuadernaciones diferentes. Notó que algunos no eran más que simples ediciones baratas.

Seguro que ahí era donde estaban las lecturas interesantes.

Se recogió las faldas de su vestido de talle alto y subió la escalera. No había ningún título en los lomos. En los libros más gruesos se habían grabado algunas iniciales, pero nada más.

Todo eso despertó su curiosidad. Portia sacó un volumen: *La seducción de Julia*.

Estuvo a punto de volver a ponerlo en su sitio. No le interesaba en absoluto ninguna versión de *Clarissa*. Pero se detuvo cuando tenía la parte inferior del libro ya apoyada so-

bre la estantería; si se trataba de una variación sobre la atroz historia que su madre le había obligado a leer, ¿por qué no había oído nunca hablar de ese libro, si se suponía que había «mejorado» el original?

Aún subida en la parte alta de la escalera, Portia pasó las páginas hasta llegar a la primera. Si no era bueno, volvería a colocarlo y buscaría otro.

Lord Darkmoor gimió. Las lenguas de tres bellezas diferentes rozaron sus duras tetillas, su vientre plano, su pujante verga...

Portia cerró el libro con un golpe seco. Con la respiración agitada volvió a introducirlo en su sitio en la estantería. Se tranquilizó sin abandonar su posición en la escalera. *¡No me lo puedo creer! ¡Esas cosas por escrito!*

Extendió la mano, que le temblaba visiblemente, para coger otro. ¿Serían todos como el anterior? Leyó el título del siguiente: *Lady Godown y la señorita Bottom*¹. Enarcó las cejas y abrió el libro por una página al azar.

La señorita Bottom estaba tumbada, abierta ante ella, sus blancos muslos muy separados y suplicando por sus caricias de mujer. Su piel era como la leche y suave al tacto.

Lady Godown deslizó un dedo por las costillas de la chica, observando con placer que la muchacha se estremecía. Con sólo tocarlos, los pezones de la chica se endurecieron, listos para que los lamiera.

La mujer aceptó la invitación y acopló sus labios rojo rubí sobre la carne tirante de la más joven, chupando y lamiendo...

Portia se estremeció, inundada por una emoción indefinible, y se agarró a la escalera con más fuerza. ¿Qué se sen-

1- En el título de la obra hay un juego de palabras con los nombres de las protagonistas: «Godown» significa algo así como «Más abajo» y «Bottom» es la palabra inglesa para culo.

CELIA MAY HART

tiría si te hicieran eso? Sus pechos ya conocían cómo era el tacto de las manos de un hombre, pero ¿cómo sería una boca?

Apretó las piernas con fuerza sintiendo cómo el deseo crecía. Lujuria. Los libros no deberían provocar esas sensaciones.

Debía volver a colocarlo en su sitio y ver si las estanterías contenían algo menos lascivo.

Pero, en lugar de eso, siguió leyendo. La escalera tenía un estrecho asiento incorporado. Lo sacó y se sentó en él, pasando un brazo alrededor del pasamanos de la escalera para asegurarse.

Siguió leyendo y levantó una mano para cubrirse los pechos. Si una mujer podía hacerle eso a otra, ¿podría ella hacerse a sí misma? ¿Se atrevería?

Portia deslizó una mano dentro de su corpiño y dejó que sus dedos se convirtieran en la lengua y la boca de la señora, pellizcando y rozando su pezón. ¿Cómo podría parecerse más a una boca? Experimentó utilizando las puntas de todos los dedos y después sólo con el pulgar y el índice. Tal vez si los humedeciera... Ah, pero entonces puede que le quedara una marca en el corpiño después. Mejor no arriesgarse.

La mujer del libro empezó a prodigarle atención a ambos pechos y la mano de Portia siguió la senda que ella marcaba.

El calor la envolvió. Sus pezones se endurecieron hasta convertirse en piedras y crecieron hasta duplicar su tamaño. Una urgencia brotó de su vientre y Portia supo que esas sensaciones pronto decaerían y se desvanecerían. Eso era lo que pasaba normalmente.

La señora fue trazando un camino de besos por el vientre de la muchacha en dirección al espacio entre sus piernas, que ya estaba abierto para ella. Apretando con fuerza las piernas una contra otra Portia leyó que las partes íntimas de la chica brillaban a la luz de la vela. Adivinó lo que el autor quería decir con la palabra «coño». ¿Qué más podía haber por ahí abajo?

La mano de Portia se deslizó hacia el ángulo agudo que se formaba en la parte superior de los muslos. No se atrevía a subirse la falda. ¿Y si entraba alguien?

Tal vez sería mejor volver a poner el libro de nuevo en su sitio... No... Tenía la biblioteca para ella sola.

Presionó con los dedos contra su carne y notó el inicio de la hendidura. ¡Oh, cuánto lo deseaba! Pero no. Volvió a juguetear con sus pechos. Tan calientes y sensibles, casi no podían soportar que siguiera tocándolos.

Gimió muy bajito, de una forma casi inaudible y con una mano se desabrochó el corpiño. Si ya estaba perdida, al menos lo iba a disfrutar. De todas maneras ya llevaba el corpiño completamente ladeado.

Liberó ambos pechos de la prisión de tela en la que se encontraban y el aire fresco de la biblioteca fue como un bálsamo para ellos. Suspiró de alivio y retomó su lectura, retorciéndose los pezones y sintiendo que un calor aún más oscuro le crecía en las ingles.

Algo se estaba despertando y comenzaba a dolerle y a demandar más atención que el simple esfuerzo de apretar sus delgados muslos. Se revolvió en su estrecho asiento y su respiración se convirtió en unos breves jadeos.

Alguien carraspeó.

El libro se escapó de los débiles dedos de Portia y golpeó contra el suelo. El potente ruido sordo que hizo el libro al caer al suelo de madera la asustó. Se agarró con más fuerza a la escalera para evitar una mala caída.

No había nadie en la puerta. Frente a la entrada, un hombre la miraba fijamente asomado por encima de un sillón de orejas de respaldo alto. Tras sus párpados entornados brillaba una expresión similar a la de un halcón que ha localizado a su presa.

Ella se estremeció y se cubrió. Volvió a abrocharse el corpiño con unos dedos rapidísimos. Se apresuró a bajar de la escalera y escapar de allí.

CELIA MAY HART

Ahora sí que estás destruida por completo, muchacha, pensó.

—No tan rápido. —Mark Knightson se colocó detrás de aquella mocosa tan impúdicamente traviesa. Puso una mano sobre el hombro medio desnudo de ella. Estaba tremendamente excitado y se enfrentaba a un dilema.

Estaba claro que se trataba de una de las huéspedes, y eso la convertía en una mujer intocable, aunque él no lo sabía cuando oyó por primera vez sus suspiros y sus gemidos ahogados.

Oculto por el respaldo del sillón se escabulló hasta su refugio y escuchó hasta que no pudo soportarlo más. Su verga presionaba la tela de sus pantalones, deseando unirse a la diversión, anhelando hacerla gritar.

Y por eso salió de su escondite, para descubrir que su objeto de deseo no era una viuda joven, sino una señorita con el rostro marfileño, mejor dicho, rosado.

Aprovechase de ella allí mismo, sobre el suelo de la biblioteca, dejó de ser una opción. Volvió a respirar profundamente para recuperar el control de sus nervios alterados.

La chica levantó la cabeza.

—Por favor, váyase —murmuró.

Los dedos de él acariciaron un seductor rizo oscuro. Lo justo para seguir manteniéndose bajo control.

—¿Por qué?

Ella volvió la cara hacia un lado para que él pudiera oírla más claramente, aunque la mayor parte de su rostro aún quedaba oculto. No olvidaría esa cara, apurada, arrebolada por el deseo, con los labios deliciosamente separados. Había estado cerca del clímax y la liberación. Debía encontrarse terriblemente frustrada.

Él la liberó de su contacto y se acercó para recoger el libro.

—Una elección interesante.

La chica debió de darse cuenta de que él no tenía intención de dejarla escapar, porque se volvió y se enfrentó a él.

—Fue... Fue algo inesperado.

Le tendió el libro.

—Siento haber interrumpido su placer.

Se sonrojó más, pero se encogió de hombros con cierta indiferencia.

—Ya había terminado.

¿Terminado? Esa chica ni siquiera había alcanzado el punto de ebullición aún.

—Le agradecería que no dijera nada de esto.

—Puede estar segura de que seré discreto. —Hizo una pausa. Realmente no era asunto suyo—. ¿Puedo preguntarle por qué ha dicho que había... bueno... terminado?

—No hay nada más allá.

Pobre niña frustrada.

—Lo hay.

Ella abrió mucho los ojos.

—No según mi experiencia. No pretenda engañarme.

Él levantó una mano.

—Por mi honor que no le mentiría. —Pensó que quizá la miraba con lascivia y se apresuró a aclarar—: De hecho yo sólo pretendía ayudarle a alcanzar esa conclusión.

Su cara no perdió el rubor, pero enarcó las cejas en un intento de aparentar cierta frialdad.

—¿Ayudarme a mí o satisfacer sus instintos?

—Seguro que pregunta eso a raíz de su experiencia personal.

Se mordió el labio, pero no respondió. Sin duda se había dado cuenta demasiado tarde de que acababa de ponerse en evidencia. Se preguntó si estaría planeando hacer el equipaje en cuanto saliera de aquella habitación. A él no le interesaba eso.

—Le juro que ni una palabra de lo que ha ocurrido o de lo que se ha hablado en esta habitación saldrá de mis labios.

La chica dio un paso atrás, alejándose de él, como si estuviera preparándose para salir corriendo. El miedo y la incer-

CELIA MAY HART

tidumbre consumían sus claras facciones y le conferían una expresión de animal acorralado.

—Pero se equivoca al decir que ya había terminado. Hay muchas cosas más allá, muchas cumbres que escalar aún. Yo podría enseñárselas.

Aparentemente su cerebro no estaba tomando parte en esa conversación, excepto para proporcionar más alimento a su ya dolorida verga.

Ella volvió a retroceder hasta topar con la escalera.

—¿Enseñármelas?

—Existe todo un arte en relación a cómo tocarse a uno mismo, excitarse y llevar todo eso a buen término. —Habló en voz baja en un esfuerzo por mantener la calma. Si fuera por él, le demostraría ese arte allí mismo y en ese momento. En cualquier momento su verga iba a romper las barreras que la constreñían en su afán por poseerla—. Estoy muy familiarizado con el cuerpo de la mujer.

Ella entrecerró los ojos.

—Seguro que lo está. Pero ¿qué tipo de mujer se cree que soy?

Él rió.

—¿Y me pregunta eso después de lo que acabo de ver?

—Es que... Sólo seguía lo que estaba escrito en el libro. —Volvió a ruborizarse con esa deliciosa sombra rosada en sus mejillas.

Él enarcó la ceja derecha. Tendía a creerla en ese punto en concreto. Oh, no se trataba de una jovencita lasciva. Tenía algún tipo de experiencia, de hecho lo había confesado de alguna forma, pero, fueran quienes fueran sus anteriores amantes, no habían sido suficientemente competentes a la hora de darle satisfacción.

—Claro —dijo al fin—, pero tiene una sensualidad natural... que me dolería en el alma que se desperdiciara.

Sus ojos se llenaron de fuego y apretó los puños.

—¿Y quién dice que se vaya a desperdiciar? ¡Cómo se atreve a decir eso, señor!

Él dio un paso atrás para hacerle una pequeña reverencia.

—Mis disculpas —murmuró. Volvió a acercarse, sucumbiendo a la necesidad de acariciar su mejilla ruborizada. Era muy suave...—. Pero piénselo. Espero su respuesta a mi ofrecimiento.

Ella lo miró durante un momento, con su pequeña y bonita boca abierta.

—¡Oh! —exclamó con un bufido indignado, y salió como una tromba de la biblioteca.

Mark sonrió. Se fijó en que ella aún agarraba el libro contra su nada desdeñable escote. Podía fingir que era una señorita inocente ofendida, pero él sabía, incluso a pesar del poco tiempo que habían compartido, que no era así.

Se serenó paseando arriba y abajo en la pequeña biblioteca. Incitar a la muchacha para que le dejara llevarla hasta la culminación sexual no había conseguido más que estimular su apetito en un lugar donde debía controlarlo. Consumar su plan era harina de otro costal. Oh, no es que tuviera ningún problema en hacerlo. Se imaginaba a la chica dispuesta frente a él, desnuda y rogándole que la hiciera correrse.

Sonrió maliciosamente. Incluso tendría que enseñarle esas palabras, claro.

Su sonrisa se hizo más amplia. ¿Enseñarle a una dulce señorita de la buena sociedad a decir cosas sucias? Oh, ¿y eso no haría que su futuro esposo se llevara la sorpresa de su vida?

Mark suspiró rascándose la cabeza. ¿Por qué se había permitido ponerse a soñar con los ojos abiertos? Si la chica era, al menos, medianamente respetable, ni siquiera volvería a dirigirle la palabra en todo lo que quedaba de estancia.

E incluso, si lo era del todo, la chica ya estaría gritándole a su madre la forma en que ese hombre le había puesto en un compromiso. Sobre todo si la muchacha tenía algún tipo de plan a medio pergeñar para atraparlo con los lazos del matrimonio. De hecho tal vez sería mejor que recogiera sus cosas y se fuera...

CELIA MAY HART

Se detuvo. ¿Huir? ¿Un Knightson? Sin pruebas, la chica destruiría su reputación si hiciera una declaración tan imprudente como esa. No, por el momento seguía estando seguro.

Además, ¿y si ella le decía que sí?

Portia subió las escaleras corriendo y cruzó el umbrío corredor forrado de paneles de madera hasta llegar a la habitación que le había correspondido. Se enorgullecía de no perderse nunca. Aunque sólo llevaba en Willowhill Hall unas horas, ya se conocía el camino.

Entró bruscamente en su habitación y se encontró a su madre esperándola. Gruñó para sus adentros. La señora Carew era una mujer canosa y corpulenta y una gallina clueca en lo que se refería al cuidado de sus hijas.

—¡Oh, Portia! ¡Cómo te agradecería que no desaparecieras de esa forma! Tienes que recuperar tu reputación. —Su madre se retorció las manos.

Portia agachó la cabeza con aparente contrición.

—Lo siento, mamá. He ido a la biblioteca a ver si encontraba algo para leer. —Dio un respingo ahogado. Todavía tenía ese libro indecente en las manos, ¡a la vista de todos! Temblando luchó contra el impulso de esconderlo tras su espalda.

Mamá pareció calmarse al oír su respuesta.

—¿Y qué has encontrado?

—Una novelilla de aventuras barata. —La respuesta le vino a los labios rápida como el rayo—. Lady Barrington tiene una buena colección.

—Son de su suegro, querida.

De repente Portia sintió el deseo de saber más sobre el viejo lord Barrington. ¿Sería tan increíblemente masculino como el hombre que se había encontrado en la biblioteca? ¿Se trataría del espíritu del viejo lord Barrington? No, no podía ser, parecía muy real y muy actual. Tenía que haber un retrato en alguna parte. Ya buscaría.

—¿Portia?

—¿Sí, mamá? —No le había estado prestando atención a la conversación de su madre. Pestañeo para despejar la visión desenfocada de las paredes color crema de su habitación y volvió la atención hacia su madre.

—Siéntate. Voy a arreglarte el pelo para la cena de esta noche. Luego me lo arreglarás tú a mí. No tenemos tiempo que perder, deben presentarnos a todo el mundo con antelación.

Portia obedeció y se sentó frente al espejo del tocador de cerezo que había en la habitación. No les habían asignado las mejores habitaciones de la casa y la suya era bastante pequeña, pero al menos no tenía que compartirla con su madre.

La mujer se quedó de pie tras ella y comenzó a quitarle las horquillas. Portia cerró los ojos. En cualquier momento comenzaría la diatriba: haz esto... No hagas lo otro... A su veintiún años, Portia ya lo había oído todo.

Varias veces.

—Portia, querida, esta noche debes ser lo más dulce que puedas. —Comenzó a peinar el pelo de Portia—. Lady Barrington ha invitado a bastantes solteros jóvenes disponibles. Uno es un vizconde, ¡el hijo de un duque, nada menos! Debes intentar conquistarlo a él, querida. ¡Qué agradable sería verte bien situada y con un título! Tu querido padre estaría tan orgulloso de ti si lograras algo como eso... Aunque el hijo de lady Barrington está en edad de casarse y lady Barrington me ha confiado que él estará buscando un buen partido en esta pequeña fiesta en su casa. Estoy segura de que ella no me habría contado ese detalle si no pensara, si no esperara, igual que yo, que nuestra amistad pudiera estrecharse gracias a la bendición que supone un matrimonio. ¡Tú y Freddy! ¡Imagínatelo! Lady Barrington y yo podríamos vernos más a menudo y eso sería...

—Mamá... —Portia había captado el mensaje—. Lady Barrington y tú no necesitáis un matrimonio para veros más a menudo. Puedes verla siempre que quieras.

CELIA MAY HART

—No hasta que tú estés casada, querida niña. No rehuiré mi deber contigo por una amistad frívola.

Portia suspiró. No se atrevía a decirle a su madre que a ella realmente no le importaba el matrimonio. Ya no. Y mucho menos ahora que pronto iba a tener la capacidad de autocomplacerse sin el brutal inconveniente que suponía un hombre.

Eso si se atrevía a aceptar la oferta del extraño.

Suspiró de nuevo. Su madre y lady Barrington habían sido muy amigas desde la breve temporada que ambas pasaron en el colegio para señoritas.

—Tu amistad no es frívola —dijo para tranquilizarla—. ¿Estás segura de que ella quiere que me case con Freddy? Con todos esos cotilleos horribles circulando...

Ni siquiera eso podía disuadir a su madre.

—Tonterías, chiquilla. Lady Barrington sabe tan bien como yo que tú eres completamente inocente de esa culpa. Ese hombre es un libertino y un canalla, y sólo desearía haber sabido eso antes de permitirle que te cortejara. ¿Quién iba a suponer que él iba a ser tan mezquino como para romper el compromiso? Es un desgraciado, un sinvergüenza. Ojalá nunca hubiera posado los ojos sobre él.

—Lo mismo digo, mamá. —La sentida respuesta de Portia no tenía ningún doble sentido esta vez.

—Pero, querida, por eso debes entender la importancia de convertirte en el verdadero paradigma de la inocencia infantil. Debes parecer recatada en todo lo que hagas. Y no dejar que ningún caballero se tome la más mínima licencia contigo. Y no dudes que lo intentarán, dado que conocen esas tremendas y horribles habladurías.

—Mamá... —Portia intentó frenar a su madre, pero ella no la escuchó.

—Ni siquiera el más leve de los besos, Portia. Ni un coqueteo con el abanico, ni conversaciones susurradas que nadie pueda oír. Y, por encima de cualquier otra cosa, Portia,

nunca debes verte a solas con ningún caballero, porque lady Barrington y todos los demás huéspedes pensarían lo peor.

—Si no puedo coquetear, mamá, ¿cómo se supone que voy a atraerlos?

—Con tu dulce y dócil naturaleza, querida —respondió su madre, risueña.

Portia movió la cabeza bruscamente hacia delante en un intento por ocultar una carcajada. ¿Ella? ¿Dócil?

—Estate quieta, cariño, o todos tus rizos quedarán torcidos.

—Sí, mamá. —Portia adoptó una postura recta y miró fijamente a su reflejo en el espejo. Sus ojos aún bailaban por la diversión que intentaba reprimir, brillantes por las lágrimas de risa no derramadas.

Su madre se fijó en ellas.

—Vamos, vamos, querida. Todo se arreglará al final, ya lo verás. Te encontraremos un buen marido y podrás enfrentarte a la sociedad londinense sin una pizca de vergüenza.

Portia lo dudada, pero no dijo nada y le dedicó a su madre una tímida sonrisa antes de dominar sus facciones para formar algo que se aproximara a una dulce docilidad.

—Buena chica —la animó su madre. Siguió enroscando el cabello negro de Portia formando más tirabuzones—. Ahora repasemos a los caballeros que estarán aquí esta noche. Debes expresar interés en todo lo que digan, pero ayuda que se les diga algo que demuestre un moderado interés en respuesta. Nada que parezca muy inteligente, pequeña, o pensarán que eres más lista que ellos y eso no nos conviene. No permitiré que pierdas un marido porque se te dio carta blanca para curiosear en la biblioteca de tu padre.

—Sí, mamá. —Portia se abstuvo de poner los ojos en blanco, pero al menos así tendría una técnica para espantar a cualquier pretendiente que decidiera ir tras ella en serio, independientemente de lo que dijeran las habladurías.

CELIA MAY HART

—Bueno, primero está lord Freddy Barrington. Es obvio que no necesito describírtelo, ni a él, ni sus virtudes. Ya lo has visto en muchas ocasiones.

Cierto, lo conocía. Freddy parecía perfectamente conveniente para alguien que estuviera loco por los caballos, la caza y la bebida, pero no era su caso.

—Luego, está el vizconde Winterton. Es el hijo pequeño del duque de Winterton...

—Mamá, ¿cómo sabes todo eso?

—Porque lady Barrington y yo hemos tenido una pequeña charla sobre el tema esta tarde en cuanto llegamos y, por supuesto, porque he consultado mi copia del *Debrett's Peerage*².

Que probablemente ocuparía al menos la mitad de una de las bolsas de su equipaje. Portia gruñó para sus adentros.

—De cualquier modo, mi querida niña, eso no importa. El vizconde Winterton nos interesa...

—¿Nos interesa? —Portia había perdido el hilo de la conversación. ¿Qué quería decir su madre?

—Sí, querida, puede que estés pensando que está fuera de tu alcance porque es el hijo de un duque, pero es el hijo menor y tiene tres hermanos mayores para heredar el título de su padre antes que él, así que hay pocas posibilidades de que él llegue algún día a poseer ese título. Lo cual le hace a él (y a su familia) algo menos especial en cuanto al hecho de con quién se case. Y dinero, si se nos permite hablar de algo tan vulgar aunque sólo sea un momento, es algo que no necesita, porque el duque es inmensamente rico.

—¿No es demasiado rico para nosotros?

—No. Lady Barrington me ha dicho que el joven vizconde heredará una pequeña propiedad cuando se case, lo cual le proporcionará, a él y a su futura esposa, una posición bastante confortable.

—Si eso es cierto...

2- Guía genealógica de la aristocracia británica que resultaba la piedra angular de la sociedad británica. Comenzó a publicarse en 1769 y sigue editándose en la actualidad. (N. de la T.)

—¡Claro que es cierto! ¿Por qué iba a mentirme lady Barrington?

En ciertas ocasiones, su inocente madre dominaba a la perfección la manipulación.

—No lo sé. —A Portia se le ocurría al menos una razón: para mantenerla alejada de lord Freddy y que su adorado hijo no se viera contaminado por el escándalo.

Su madre colocó cuidadosamente flores de seda en el pelo de Portia.

—Intenta no perderlas, querida. Son caras y cuesta mucho reemplazarlas.

—Sí, mamá —respondió Portia mansamente—. ¿Y éstos son todos los solteros disponibles? —Eso esperaba ella. ¿Sería el misterioso extraño de la biblioteca el hijo menor del duque?

—También está el honorable Mark Knightson. Su padre es un vizconde y él heredará todo el patrimonio. Es mayor que los otros, pero no parece tener ninguna intención de sentar la cabeza y casarse.

—¿Por qué no? —Portia de repente sintió frío en los hombros. El hombre que se había encontrado no era ningún jovencuelo como Freddy. ¿Podría tratarse de Knightson?

—¿Quién sabe? —Su madre examinó el peinado de Portia en el espejo—. Sí, así está bien. No sé por qué lady Barrington le ha invitado a venir. Sin duda le hará compañía a lord Barrington; he oído que es su mano derecha.

Portia se levantó para dejarle el asiento a su madre y se dispuso a peinarla.

Eso que contaba su madre parecía encajar con el extraño. Alto, de hombros anchos y con una expresión en la cara que decía que había visto muchas cosas, aunque tal vez no tantas como para no sorprenderse al ver a una joven dama haciéndose tocamientos en una biblioteca. Rostro oscuro y taciturno, pelo ondulado y negro y ojos azules, ojos que ardían tanto de frío como de calor. Tenía que tratarse de Knightson.

CELIA MAY HART

—¡Portia! Deja ya de soñar despierta. Aún hay mucho que hacer.

Los invitados de lady Barrington se reunieron en el salón esperando que les avisaran para cenar. Una profusión de paredes forradas de papel azul real y excesivamente decoradas con arabescos de un dorado desvaído saludaron a Portia. El color oro volvía a aparecer en los bordes de los delicados muebles, desperdigados de una forma casi indiferente por toda la estancia.

—Señor Knightson, ¿puedo presentarle a la señorita Portia Carew? —Las palabras de lady Barrington se perdieron en aquellos increíbles ojos azules que brillaban con lo que Portia sospechó que era algún tipo de diversión privada.

Murmuró algo junto a su mano, antes de besarla. Su calor traspasó el leve contacto e inundó su piel; ella murmuró algo en respuesta, desconcertada.

Dejó que lady Barrington la condujera hasta la siguiente persona sin desmayarse ni mostrarse confundida. Portia enderezó los hombros. Se negaba a que la mirada risueña del hombre la intimidara.

Al fin terminaron de presentarle al resto de las damas de la fiesta: la señora Chalcroft, de cara afilada, y sus dos hijas, que, afortunadamente, no se parecían a ella.

Portia calculó que había dos hombres de menos para la cena, lo cual, teniendo en cuenta el orden actual de prioridades, la dejaba a ella sola, a remolque del grupo, o codo con codo con una de las chicas Chalcroft, la más joven, fuera la que fuera. Ése no era un buen comienzo para encontrar un marido.

Reprimió una sonrisa victoriosa.

Lady Barrington debió notar que apretaba los labios.

—No te inquietes, querida. Aún no han llegado todos los huéspedes. Unos amigos de Freddy vienen desde la ciudad y llegarán dentro de unos días. Espero que puedas soportar el desequilibrio momentáneo.

Portia le dedicó una sonrisa genuina.

—No es ningún problema, milady. Seguro que me lo paso muy bien conociendo mejor a las señoritas Chalcroft.

La señorita Sophia Chalcroft resultó ser la menor.

—Yo no debería estar aquí con usted —le murmuró Sophia a Portia—. Yo soy la que mi madre quiere casar. La oportunidad de Lucy ya pasó hace mucho tiempo.

Portia chasqueó la lengua para demostrar su lástima, archivando en su mente aquel chismorreó que acababa de saber. Lucy podía convertirse en su aliada en otro momento, en caso de que la persecución de sus pretendientes se hiciera demasiado intensa.

Tomaron asiento. Portia recorrió la mesa para poder ver el lugar donde tomaba asiento Knightson.

Se sentó aparentemente ajeno a ella, conversando con la mayor de las señoritas Chalcroft, Lucy.

Ahora que tenía oportunidad de mirarlo con detenimiento, Portia se dio cuenta de que sus primeras impresiones de la biblioteca habían sido precisas, excepto en cuanto a su expresión, que ahora parecía más distendida.

Su sonrisa de muchacho parecía no concordar con la oscura excitación a la que ella se había enfrentado en la biblioteca. ¿Lo habría imaginado como consecuencia de su arrebató de pasión?

Knightson la miró y su expresión se congeló; durante un breve instante su mirada ávida se embebió de ella y sus labios abiertos retuvieron el aire que acababa de inhalar.

Portia ahogó una exclamación. Los ojos ardientes del hombre volvían a hacerle la misma pregunta: ¿iba a permitirle convertirse en su maestro del placer autoadministrado? Ni su mirada lasciva ni su proposición eran imaginaciones suyas. Pero ¿se atrevería a seguir adelante?